

de las úlceras de la boca, la indigestión, la gastro-enteritis, la coriza, la laringitis, la bronquitis, la apoplejía pulmonar, la neumonía, la tisis tuberculosa, la pleuritis, el tétano, la epilepsia, la pústula maligna, la fatiga, la sarna, los lamparones, la plétora, el carbunco, el tífus de los animales de cuernos, la epizootia, el reumatismo, etc.

Se hace necesario á veces practicar operaciones con el buey: como medio de contención se recurre principalmente al aparato llamado de los postes (fig. 285), que se practica en una gran jaula, generalmente cuadrangular, formada por cuatro vigas principales, enclavadas sólidamente en tierra, con cimientos de mampostería. Allí se fijan los animales en diferentes actitudes, por la cabeza, por los miembros y por el tronco.

EL BÚFALO DE LAS CÉLEBES — PROBUBULUS CELEBENSIS

Este animal, perteneciente á la familia de los bóvidos é inmediato congénere de los búfalos, es considerado todavía como antilope por algunos naturalistas, por mas que el aspecto, la forma especial de los cuernos, el pelaje, carácter y costumbres del mismo revelen desde luego su afinidad con los bueyes: es el representante del sub-género *probubulus*.

CARACTERES.—El búfalo de las Célebes (*bos depressicornis*, antilope, anoa y *probubulus depressicornis*, antilope *compressicornis*, *platyceros* y *celebica*), el anoa ó *sapi-utan* de los malayos (vaca de los bosques) es, prescindiendo de algunas razas de cria, el pigmeo del género bóvido: mide 2 metros de largo, incluso los 0",30 de la cola; su altura hasta la espaldilla es de 1",30 á 1",40. El cuerpo es recogido y mas desarrollado en el medio que en la parte superior; la cruz mas alta que el sacro; el cuello corto y ligeramente redondeado; la frente ancha; el hocico, el cual abarca el espacio ancho y desnudo comprendido en el labio superior, es puntiagudo; el dorso de la nariz prominente; los ojos, provistos de espesas cejas, son grandes y de un color pardo oscuro; las pupilas redondas; las orejas, cortas y bastante delgadas, presentan su borde externo algo sinuoso y el interno doblado; muéstranse desnudas en la punta y pobladas en la raíz, con un mechón de pelos blanquecinos en el ángulo interno. Los cuernos están comprimidos, formando casi tres caras, anillados en la parte inferior, planos en la superior y puntiagudos al modo de una lezna; son muy espaciados y divergentes; se inclinan un poco hácia atrás y ligeramente hácia fuera. La cola llega hasta los calcaños; es larga, adelgazada de arriba á abajo y guarnecida de una escasa borla de crines; las piernas son cortas y groseras; las pezuñas, redondeadas y parecidas á las de los bueyes, están provistas de uñas bastante largas y separadas; no se nota la presencia de lagrimales. El pelaje, de mediana largura, áspero y relativamente poco espeso, sobre todo en la cara, en el hocico y delante de los ojos, no tiene color determinado: es en general de un pardo oscuro; se vuelve mas claro en las partes de la cara poco pobladas de pelo, y pasa á un pardo sucio en la parte exterior de las orejas, y á un pardo claro en el vientre; muéstrase una larga mancha, de color blanco, en la mandíbula inferior; otra, en forma de media luna, colocada transversalmente debajo del cuello, como tambien las espaldas y las ijadas, son de un blanco amarillento, que es tambien el color de una raya que se extiende hácia delante y á los lados de las articulaciones de la ranilla. En algunos individuos se nota una pequeña mancha blanca delante de los ojos y una ó dos del mismo color en las mejillas.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Este animal vive en las altas montañas de las Célebes.

CAUTIVIDAD.—Se sabe aun hoy muy poco tocante á las costumbres del antilope de cuernos planos, pues los mas modernos viajeros, por ejemplo Wallace, tan solo han podido verlo de pasada. Ultimamente se han traído varios de estos animales á Europa; los primeros fueron llevados al jardín zoológico de Rotterdam, donde los ví por primera vez hace diez años; mas tarde vinieron otros á Berlin, Amsterdam y Lóndres. Nuestro animal tiene el aspecto y maneras de un pequeño buey; es perezoso y poco amante de moverse, como todos los individuos de su familia; pasa horas enteras en el mismo sitio comiendo ó rumiando, sin fijarse apenas en los objetos que le rodean. Su marcha ordinaria consiste en un paso lento, si bien algunas veces se complace en dar algunos saltos, pero pesados. Al modo que otros búfalos, se distingue por su silencio; pues raras veces deja oír su voz, la cual consiste en un corto mugido, semejante á un gemido. Muestra su afinidad con los búfalos por su marcada afición al agua y á la humedad: bebe mucho y á largos sorbos, deteniéndose tan solo breves instantes para respirar; encerrado en un estrecho recinto, se complace en derramar el agua de la pila con el objeto de mojar el suelo y revolcarse en él; dirígese tambien, cuando puede, al agua para bañarse y refrescarse en ella. Por lo que mira á la alimentacion, muestra la misma sobriedad que sus mas próximos congéneres, y como estos, prefiere las plantas palustres ó acuáticas. Por la forma que afecta la boñiga, se reconoce tambien su parentesco con los bóvidos. Se familiariza con su guardian, dejándose tratar y acariciar con completa indiferencia y sin oponer el menor reparo; sin embargo, no contrae nunca relaciones amistosas con los otros animales, por ejemplo, con los antilopes, y en la época del celo se muestra muy maligno: en el jardín zoológico de Amsterdam, donde se han criado varias parejas, se perdió la primera hembra á causa del celoso macho, el cual mató tambien de una cornada á una vaca que se resistió á sus deseos.

LOS BÚFALOS — BUBALUS

CARACTERES.—Los búfalos son bueyes de formas feas y groseras; tienen las piernas cortas, gruesas y vigorosas, la cola bastante larga y provista de una bola terminal, el cuello corto, la cabeza ancha, la frente muy convexa, el hocico feo, los labios grandes y desnudos, los ojos estúpidos y sin expresion; las orejas separadas y de diferentes formas, si bien las mas de las veces son grandes, gruesas, anchas y guarnecidas en el interior y en el borde con mechones de pelo.

Los cuernos, insertos en la parte posterior del cráneo, son las mas de las veces muy gruesos en la base, presentan en esta anillos irregulares ó protuberancias tuberculosas; encórvanse al principio hácia abajo y atrás, luego hácia fuera, y por último arriba y á veces un poco hácia adelante. En algunas especies se dirigen hácia abajo, describiendo solo un ligero arco y una débil curvatura por fuera. El pelaje es muy escaso y casi falta por completo en los individuos viejos.

EL BÚFALO DE CAFRERÍA — BUBALUS CAFFER

CARACTERES.—El búfalo de Cafrería (*Bos caffer*, *Bos* y *bubalus brachyceros* y *pumilus*, *Bubalis reclinis*, *planiferus*, *centralis* y *equinoctialis*) es el mayor, el mas pesado, fuerte y salvaje de todos los individuos de su grupo, y llama la atención por la forma extraña de sus cuernos. Su cuerpo es mas recogido que el de los otros búfalos; la cabeza relati-

vamente pequeña y bien conformada: la frente algo delgada; el dorso de la nariz ligeramente arqueado; el hocico algo ancho; los ojos, de un iris pardo oscuro y con pupilas trasversales, son medianamente grandes; los arcos superciliares, cubiertos de varios repliegues longitudinales, se presentan prominentes, por mejor decir, abultados; aparece delante del ángulo anterior de los ojos una notable depresion; las orejas son muy grandes, presentándose arremangadas en su borde superior, con la punta colgante; en el inferior se notan dos curvaturas, y uno y otro están guarnecidos de largos y espesos pelos; los labios, que comprenden todo el espacio limitado por las fosas nasales y la mitad del labio superior, son muy grandes; el cuello bastante grueso, largo y robusto;

el cuerpo poco levantado en la cruz, de modo que apenas se nota una joroba; el dorso plano ó algo hundido; el sacro tiene poca elevacion y se inclina bruscamente hacia la raíz de la cola; esta es larga, delgada y guarnecida de una borla de pelos largos y abundantes; el vientre se presenta abultado. Los cuernos se encorvan desde la raíz hacia los lados y atrás, despues hácia arriba y atrás tambien, convergiendo las puntas; en los machos viejos presentan la base extraordinariamente ensanchada, aplanada y cubierta de gruesas rugosidades, de modo que cubren toda la frente, dejando tan solo un delgado surco en el centro; recobran luego su forma comprimida, ofreciendo un borde saliente en la parte anterior y posterior y luego se redondean hácia la punta. Excep-

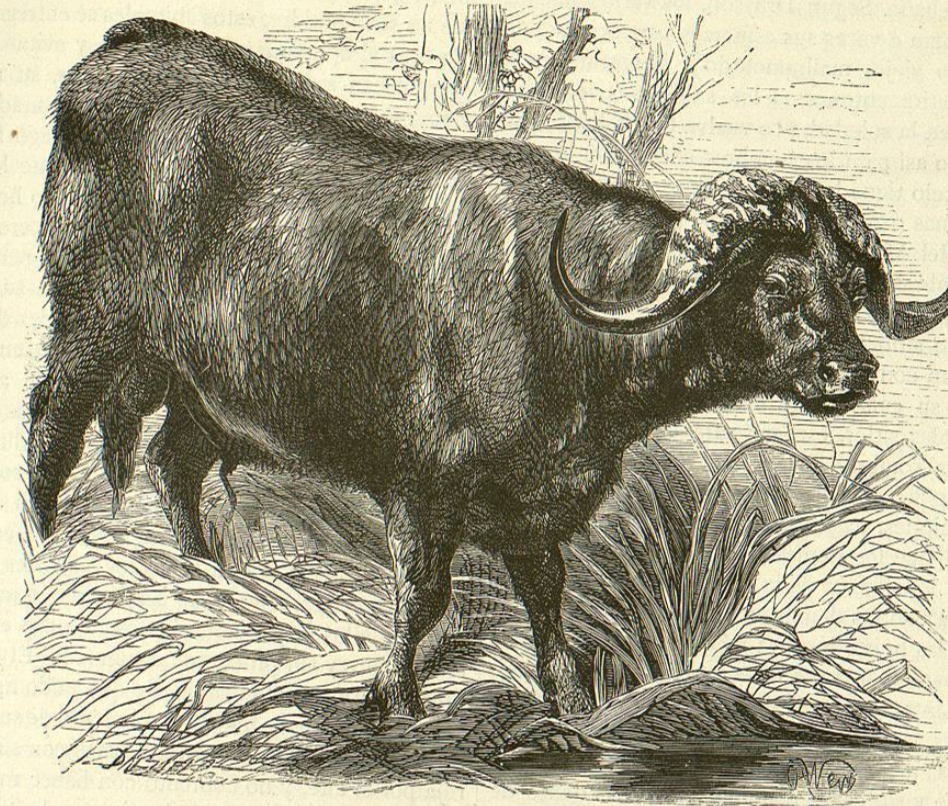


Fig. 286. —EL BÚFALO DE CAFRERÍA

ción hecha de las orejas y de la punta de la cola, las demás partes del cuerpo están cubiertas de un pelaje muy escaso, algunas se presentan casi desnudas; en realidad solo ofrecen pelos la cabeza y las piernas; su color dominante es negro, con las puntas de los pelos algo mas claras, sobre un fondo gris azulado oscuro. Las hembras son comunmente algo mas robustas, y los terneros tienen el pelo tan espeso como otros bueyes de piel lisa; los cuernos de aquellas, aunque muy semejantes á los del macho, son un poco mas débiles y relativamente mas esbeltos que los de este; no suelen acercarse tanto á la frente y dejan, por el contrario, en el centro un surco que se va ensanchando desde arriba abajo (fig. 286).

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El búfalo de Cafrería habita aun actualmente casi toda el Africa central y meridional; ha desaparecido por completo de las colonias del cabo de Buena Esperanza y fué rechazado tambien hácia el interior en el sudeste desde Natal hasta el Zambeze; pero á partir de este punto, vuelve á presentarse numeroso en comarcas apropiadas, á saber, en regiones pantanosas ó al menos en bosques húmedos, extendiéndose hasta los 17° de latitud septentrional. Como en mis viajes al noroeste de Africa no visité las comarcas pantanosas del Nilo Blanco y

del Atbara, tan solo encontré una vez á estos animales; pero los indígenas me aseguraron que se presentan tambien en gran número en el Asrakh.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Segun Heuglin, prefieren el llano á la montaña y eligen siempre su morada en regiones donde no escasee el agua, pues esta, juntamente con el cieno, parece indispensable á su bienestar; sin embargo, preséntanse tambien en la densa selva virgen casi con tanta frecuencia como en los bosques poco espesos, así en los grandes cañaverales, como en las desnudas estepas. El sabio arriba citado encontró al animal en las fuentes del Atbara casi siempre en los bosques de bambúes, y en las comarcas pantanosas del Abiad los vío tambien en sitios poco accesibles del espeso cañaveral, especialmente en las inmediaciones de los charcos y de los hormigueros de los térmitas, los cuales se le parecen en el color, y á cierta distancia hasta en la forma.

Con dificultad abandonan los rebaños el sitio que han escogido por morada; Schweinfurth notó al menos que uno de estos no se habia alejado de cierta comarca durante dos meses consecutivos. Los rebaños atraviesan el bosque recorriendo los senderos abiertos por los elefantes y los rino-

cerontes, ó bien se abren camino por sí mismos á través de la espesura, pues segun advierte Heuglin, no hay obstáculos que no puedan vencer estos robustos animales, que se precipitan con la misma rapidez á lo largo de las peñas mas escarpadas que penetran al través de los mas espesos bosques, vadean los mas profundos pantanos, y como todos los individuos de su familia, cruzan á nado y con la mayor facilidad estanques de grande extension. Los búfalos de Cafreria son animales sociables; viven reunidos en manadas de 40 á 60 individuos, pudiendo elevarse este número, segun asegura Cumming, á 600 ú 800. Las hembras mantienen siempre entre sí amistosas relaciones; estas existen tambien entre los machos; pero se interrumpen al acercarse el período del celo, durante el cual empeñan obstinadas luchas, disputándose la supremacia en el rebaño. Segun Drayson, los varios machos de una manada aunan á veces sus esfuerzos para expulsar de su compañía á uno viejo, malhumorado ó importuno para todos, el cual se retira entonces á los sitios mas sombríos para pasar la vida en la soledad, y se vuelve tan maligno, que llega á ser peligroso asi para los hombres como para los demás animales. El celo tiene lugar en diversos meses del año, segun comience mas ó menos pronto la primavera, en los diferentes puntos del Africa; lo mismo puede decirse tocante al parto de las hembras.

Durante las horas mas calurosas del dia, estos animales yacen en un mismo sitio tranquilos é inmóviles, durmiendo ó rumiando; buscan con preferencia los charcos y pantanos, lo cual hace que su cuerpo esté casi siempre cubierto de barro; á falta de tales sitios, escogen para entregarse al descanso el lugar mas sombrío de un espeso bosque. Entrada ya la tarde, ó al anochecer, se levantan para ir al pasto; pacen, pero con interrupciones, hasta la madrugada, y no lo hacen con la comodidad que los demás bueyes, sino á intervalos, como si temiesen los efectos de la mala voluntad que ellos muestran aun para con los demás animales. Segun Heuglin, comen la yerba y las hojas de prisa y con miedo; alejan las importunas moscas; dejan oír con frecuencia su sordo gruñido; tuercen constantemente sus gruesos y humedecidos labios; llevan tiesas las anchas orejas, guarnecidas de rica guirnalda de pelos; azotan sus ijadas con la cola, y se precipitan de improviso y sin causa aparente en lo mas denso de la espesura. Siempre malhumorados, pérfidos y malignos, llevan baja su ancha cabeza, cubierta por los inmensos cuernos, como en ademán de acometer; brillan con fulgor salvaje sus grandes ojos de un negro azulado, y se muestran á la vista del observador como la imagen de la cólera desenfundada, de la perfidia y de la malignidad. En opinion de todos los indígenas del Sudan oriental que fueron por mí preguntados, y segun datos de varios viajeros, cazadores y naturalistas, la conducta del animal no desmiente su bravo aspecto. Véase lo que sobre el particular dice Kolbe:

«Estos animales, dice el viajero, son muy peligrosos: cuando se les excita, enseñándoles un pedazo de tela roja, ó se tira contra ellos ó se les persigue, no está uno muy seguro de salvar la vida; comienzan á mugir y patear, y no temen ya cosa alguna, ni les detiene nada. Cualquiera que sea el número de hombres armados que se le pongan por delante, precipitase contra ellos á través del agua y del fuego: uno de ellos persiguió á un jóven que vestía una chaqueta roja y se precipitó al mar en su seguimiento; pero felizmente sabia aquel nadar y sumergirse muy bien; aunque el búfalo le perdió de vista, continuó no obstante avanzando por el agua y recorrió media legua, hasta que al fin le mataron disparándole un cañonazo desde un buque.»

Una vez excitados y dominados por la cólera, estos búfalos no conocen obstáculo alguno; lánzanse furiosos derri-

bando cuanto se opone á su paso, no solo á los animales, sino que tambien empalizadas y casas. «Habia cerrado ya la noche, dice Schweinfurth, y me habia tendido cómodamente para descansar, cuando acaeció un hecho, que vi repetido varias veces durante mi viaje: un rumor parecido al retumbar del trueno hizo estremecer el suelo, como si amenazara un temblor de tierra, y todo el campamento, que era bastante extenso, se vió en desórden y confusion; por todos lados resonaban gritos y detonaciones de armas de fuego. Un numeroso rebaño de búfalos habia penetrado otra vez durante una de sus excursiones nocturnas en una parte del campamento, y á la sazón corria á escape y en todas direcciones al través de los matorrales y malezas; derribó muchas cabañas, y los moradores de estas, sorprendidos en la mitad del sueño, corrieron inminente peligro de ser pisoteados.» Aunque no sean tímidos, estos animales se entregan comunmente á la fuga al aproximarse el hombre, y evitan, especialmente los que han sido cazados varias veces, su mas formidable enemigo; pero encontrándose en caso apurado é irritados, se defienden desesperadamente, y en su ciego furor no fijan la atencion, ni en la lanza, ni en la bala que les hiere mortalmente. Como observa Heuglin, el búfalo herido, en el caso de que no acepte el combate, huye, pero no muy léjos; ocúltase pronto entre las altas yerbas y permanece allí espiondo el momento en que se acerquen sus perseguidores, para precipitarse sobre ellos con la rapidez del rayo; si estos huyen, los persigue resollando, y husmea en todas direcciones para poder encontrarlos. Sparrmann asegura tambien que el búfalo de Cafreria se esconde detrás de los árboles y espera en acecho á que su enemigo se halle cerca para lanzarse de pronto y acometerle. Los viejos solitarios, expulsados del rebaño por los mas jóvenes, llegan á ser verdaderamente temibles, segun se desprende de estas palabras de Drayson: «Se sabe que todos los animales huyen del hombre, excepto en el caso de ser heridos ó molestados por él; pero aquellos viejos solitarios caen sobre el cazador espontáneamente y sin provocacion alguna.» El animal hace víctima de su furor al enemigo de que pudo apoderarse: cabizbajo, fija la maligna mirada en el objeto de sus iras, abalanzase sobre él, atraviésale de parte á parte con sus cuernos, le arroja por el aire, y no contento con haber matado á un hombre ó á cualquier animal, le pisotea despues y le destroza con sus cuernos. Sparrmann nota que el búfalo, despues de haber abandonado á su víctima y haberse ya alejado un buen trecho, vuelve otra vez al sitio donde yace esta, para maltratarla y desahogar nuevamente en ella su cólera.

El cazador que va solo y á pié, está irremisiblemente perdido en semejantes casos, y el jinete no se escapa, si no va bien montado y no consigue ganar una altura, á la que no pueda subir fácilmente su pesado adversario. El búfalo se atreve hasta acometer á varios hombres juntos, como puede verse por el siguiente relato de Schweinfurth. «El 14 de enero, dice el observador citado, fué el primer dia infausto: por la madrugada nos llegó otra barca, y la gente queria hacer alto para divertirse; pero como yo me aburría sobremanera en el sitio donde nos encontrábamos, obligué á mis compañeros de viaje á que se trasladaran á alguna distancia con el objeto de abordar á una isla en extremo pintoresca. La excursion que hice acompañado de dos de mis criados, debia ser fatal para uno de ellos, para el desventurado Mahammed Anun, el cual cayó á mi lado derribado por un búfalo salvaje. El infeliz Mahammed tuvo la mala suerte de acercarse demasiado al animal, que estaba sesteando, y como este se diera por importunado con la presencia de mi criado, púsose al instante de pié, y ciego de furor, precipitose contra él, le clavó sus cuernos en el cuerpo y lanzóle por el aire. Mi

fiel compañero yacia tendido en el suelo, bañado su cuerpo en sangre: delante de él estaba el búfalo, con la cola levantada, en actitud amenazadora y á punto de pisotearle; pero afortunadamente fué distraída la atencion del furioso animal por los otros dos hombres que presenciaban la terrible escena, mudos y como petrificados de asombro. Desgraciadamente mi preciosa carabina, que se cargaba por la recámara, y que el malhadado Mahammed tenia en su poder en el momento de ser acometido, estaba á la sazón suspendida del cuerno izquierdo del búfalo; y en vano el otro criado, que llevaba mi escopeta, intentó dispararle repetidas veces: el tiro no salió nunca. En tan critica situacion, mi criado tiró de una pequeña hacha de acero que traía, y arrojóla resueltamente contra la cabeza del búfalo, que se hallaba á una distancia de veinte pasos. El golpe fué certero, y logró con él sustraer la víctima al furor del animal, que de un formidable salto se lanzó por entre los cañaverales, mugiendo, pateando y metiendo gran ruido. Todavía pudimos verle saltar de una parte á otra, resollando y mugiendo de cólera; y creídos de que con él venia un rebaño entero, cogimos nuestras armas y corrimos á un árbol que estaba cerca; pero todo quedó en silencio, y volamos luego al lado de nuestro infeliz compañero para socorrerle. La cabeza de Mahammed estaba clavada en el suelo, pues los cortantes tallos de las cañas le habian taladrado las orejas; examinamos cuidadosamente las heridas, y pronto pudimos notar que ninguna de ellas era mortal: el cuerno del búfalo habia penetrado recto en su boca, haciéndole saltar cuatro dientes de la mandíbula superior y algunos fragmentos de huesos, de modo que á las tres semanas estaba ya mi criado completamente restablecido.» Tales incidentes suelen ocurrir bastante á menudo en todas aquellas comarcas del Africa donde se encuentra el búfalo, y casi no hay aldea en que varias familias no tengan que lamentar la pérdida de alguno de sus individuos, muerto en las astas de este animal; pues semejantes encuentros son casi siempre mas desgraciados que el que acabamos de citar.

Despues de lo que dejamos expuesto, ya se comprenderá que la caza del búfalo de Cafreria es siempre en extremo peligrosa. La piel del animal es tan gruesa que apenas puede ser atravesada por una bala, y en caso que esta penetre, se aplasta generalmente contra los huesos, si estos, como dice Deeken, no la destrozan y hacen pedazos. Queda con esto dicho que raras veces cae el animal al primer tiro, y que siempre le queda tiempo suficiente para acometer á su enemigo. Los búfalos viejos, aun despues de haber sido heridos mortalmente, y aunque la bala haya interesado la mas delicada entraña, se conducen como si tal cosa, corren con la bala dentro del cuerpo, y no mueren hasta mas tarde.

«Conozco un cafe, dice Drayson, que pudo convencerse por sí mismo de la fuerza y astucia del búfalo: hallándose cazando en el bosque, encontró un viejo solitario y le hirió; el animal emprendió la fuga, y creyendo el cazador haberle herido mortalmente, siguióle sin adoptar ninguna medida preventiva. El búfalo, maligno por naturaleza, cuando está herido se pone furioso y no debe uno acercarse á él sin precaucion: el cafe habia dado unos cien pasos y examinaba cuidadosamente la pista, cuando de pronto oyó un ruido detrás de sí, recibiendo al mismo tiempo un terrible golpe que le hizo volar por los aires. Felizmente para él, cayó sobre un ramaje estrechamente entrelazado, lo cual le salvó, pues convencido el animal de que su víctima habia huido, desapareció en el bosque. El cafe tenia dos ó tres costillas rotas; arrastróse penosamente hasta su casa y renunció para siempre á la caza del búfalo.»

Encuéntrense detalles de otros hechos análogos en los relatos de todos los viajeros que han tropezado con tan terri-

bles rumiante. En las orillas del lago Tschad se abalanzó un búfalo contra los compañeros de Eduardo Vogel, hirió gravemente á uno de ellos y mató dos caballos. Otro, al cual habia hecho fuego Baker, fué perseguido por los compañeros de este, quienes le encontraron al dia siguiente rendido, echado sobre una densa masa de légamo, pero aun vivo y con fuerza bastante para embestir y matar al mas valeroso de sus perseguidores. Es sabido que el baron de Harnier, uno de los viajeros alemanes que recorrieron el Africa, pereció de un modo semejante. Despues de haber herido á un búfalo, precipitose este contra el indígena que le acompañaba y le derribó al suelo. Al ver Harnier el peligro que corria su compañero, arremetió denodadamente contra el furioso animal, y descargóle un fuerte culatazo, pero fué encontrado mas tarde hecho una masa informe, con el cuerpo pisoteado y cubierto de agujeros. El indígena, léjos de imitar la noble conducta de su señor, que no habia vacilado en arriesgar su propia vida para salvarle, léjos de acudir á su defensa, huyó abandonándole cobardemente.

Con justo motivo dice Baker: «He visitado la tumba de aquel valeroso prusiano, que sacrificó su preciosa vida por un miserable y cobarde indígena.»

Segun Sparrmann, cuando se acomete á una manada, colócanse las hembras viejas en círculo y ponen en medio á los pequenuelos para protegerlos. El siguiente relato de Drayson nos prueba que los búfalos saben tambien en caso necesario prestarse mutuo apoyo.

«Un célebre cazador de Natal, llamado Kirkmann, me refirió que un dia logró herir á un búfalo, é iba ya á rematarle cuando el animal lanzó un mugido de dolor. Por lo regular permanece este animal silencioso aun cuando se halle herido; pero el sonido que produce es una señal, y aquella vez fué perfectamente comprendida de toda la manada, pues al momento se detuvieron los búfalos que huían, y acudieron en auxilio de su compañero herido. Kirkmann arrojó su carabina y corrió hácia unos arbolillos cuyas ramas estaban felizmente bastante bajas para permitirle encaramarse: la manada llegó furiosa y rodeó el árbol donde se hallaba el cazador, pero viendo que sus esfuerzos eran inútiles, se retiró luego.»

CAZA.—Los europeos no persiguen al búfalo de Cafreria mas que con la escopeta, al paso que los indígenas le cazan con lanza, ó se apoderan de él por medio de trampas, dispuestas de un modo especial. En el sur de Africa, donde la mayor parte de los europeos se dedican á la caza, reúnense varios cazadores y persiguen sin descanso á nuestro animal, que ha venido á ser por esto allí rarísimo.

«La pista del búfalo, observa el ya citado Drayson, se parece á la del toro; las pezuñas del individuo viejo presentan mucha separacion, y las del jóven, por el contrario, están muy juntas; la pista de la hembra es mas larga, mas angosta y ligera que la del macho. El cazador sigue á estos animales cuando se dirigen por la tarde á la llanura: por la noche vagan fuera de los bosques adonde vuelven á la llegada del dia, y por lo tanto se puede seguir su pista cuando salen y acercarseles mucho. El cazador puede apreciar el momento oportuno, guiándose por las huellas recientes, y debe esperar á que el búfalo revele su presencia con algun ruido, porque tiene la costumbre de volverse y revolverse largo tiempo antes de echarse para descansar.»

Para herir mortalmente al búfalo de Cafreria, es preciso acercarsele lo mas posible y dirigirle el tiro contra la frente ó la espaldilla. Si el animal no cae muerto al primer tiro, el compañero dispara inmediatamente contra el mismo y así da tiempo al que primero hizo fuego, para volver á cargar y disparar de nuevo. En ciertas ocasiones aun el cazador mas